

NACIONALISMO, RAZÓN Y PASIÓN

El nacionalismo y el liberalismo son doctrinas en conflicto en sus mismos fundamentos. Los nacionalistas son comunitaristas y consideran que cada ser humano pertenece por nacimiento o por adscripción a un único colectivo definido por elementos raciales, lingüísticos, históricos, religiosos, geográficos o culturales, y que es la integración en dicho grupo la que proporciona al individuo su identidad principal, la que articula su personalidad y la que da sentido a su existencia. Los liberales, en cambio, ponen el énfasis en valores universales que todos los hombres y mujeres pueden compartir con independencia de su lugar de nacimiento, creencias escatológicas, idioma, color de piel o relatos sobre su pasado común. El nacionalismo es, pues, intrínsecamente particularista y el liberalismo inequívocamente cosmopolita. Además, si atendemos a sus efectos tangibles, el liberalismo es esencialmente inofensivo y el nacionalismo potencialmente muy peligroso. Las democracias liberales no se hacen la guerra entre sí, mientras que los conflictos nacionalistas han causado a lo largo de los dos últimos siglos auténticas carnicerías con un saldo de centenares de millones de víctimas.

Suele decirse con indudable acierto descriptivo que el pensamiento liberal es racional y el nacionalista -valga el oximoron- irracional, que el primero se apoya en argumentos lógicos y que el segundo se abandona a las emociones desatadas. Sin embargo, la tarea de aplicar a este último el análisis racional, el intento de comprender su dinámica interna en términos de racionalidad, no es ni imposible ni inútil, porque de este difícil ejercicio se pueden extraer consecuencias interesantes a la hora de intentar neutralizar sus aspectos más malignos.

Comencemos por la explicación de la presencia en el mundo de tantos grupos humanos autoconscientes de su propia y específica identidad, que perciben como singular e irreducible a la de otras comunidades o, si se quiere, naciones. Es una evidencia que cada uno de nosotros nace en el seno de una de estas comunidades, de su cultura, de su lengua, de sus tradiciones y costumbres. La cantidad y variedad de conocimientos y de instrumentos interpretativos de nuestro entorno a los que tenemos acceso está, por consiguiente, limitada por dicha pertenencia y a continuación operan las siguientes reglas de la teoría de la información: a) La adquisición de más información tiene un coste en esfuerzo y tiempo b) La gente decide racionalmente si se toma el trabajo de ampliar su información sólo si cree que así cambiará su enfoque sobre determinadas cuestiones que

juzga relevantes, y c) Los individuos tienden a descartar la información que no confirma la que ya poseen y a incorporar la que les ratifica en los conceptos y normas que les son familiares. A partir de aquí está claro porqué las diferencias entre grupos humanos persisten y se van ampliando. Cada “nación” va adquiriendo rasgos progresivamente distintos a los de las demás a medida que dispone de más información y este proceso es continuo. Obviamente, este esquema es una simplificación extrema y pueden producirse, y de hecho se producen, intercambios culturales, asimilaciones y solapamientos entre comunidades. El problema de semejante análisis es que resulta aplicable a cualquier grupo y no sólo a las comunidades “nacionales”. Ahora bien, un marco teórico que vale igual para entender las características diferenciales de la cultura corporativa de dos grandes entidades financieras, la rivalidad atávica entre dos clubes de fútbol o los asesinatos en masa que han ensangrentado la antigua Yugoslavia, dista de ser satisfactorio. Tal como ha señalado Robert E. Goodin, desde esta perspectiva bastaría con que las Naciones Unidas bombardeasen con un número suficiente de enciclopedias todo el planeta para alcanzar la paz universal.